

EL ESPINO

Yo no quiero de los campos
Los árboles ni las parras,
Ni la multitud vistosa
De sus bellísimas plantas;
Pero un espino florido
Que hay Emilio, entre las zarzas,
Es la envidia de mis ojos,
La codicia de mi alma.

Viste su tronco ramaje
De verdes hojas lozanas,
Y entre sus brazos airosos
Flores como espumas alza.
Más ansiosa que la abeja
En su perfume embriagada,
Vago errante, sin aliento,
En torno de sus guirnalda.
Mas tiendo en vano los brazos,
Que antes que llegue a alcanzarlas,
Las punzadoras espinas
De sus ramos me desgarran.

Huye la flor de mis manos;
Crece de mi pecho el ansia;
La flor queda en el espino
Y en el espino mis lágrimas!

CAROLINA CORONADO

UN CUENTO ORIENTAL

Por MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO
Conde de Canilleros



O conoce usted a ésa que está sentada ahí?

La pregunta me la hacía Guijarro Ríos, un joven director teatral con el que iba cruzando la madrileña Plaza de España en una tarde primaveral de 1950. Miré a la que me indicaba y en la que no había reparado. Era una mujer mayor, sin nada especial que llamase la atención.

—No la conozco— contesté.

—Es la Maharani de Kapurtala— dijo.

—¡Anita Delgado!— exclamé con asombro.

Anita Delgado era un auténtico cuento oriental, digno de *Las mil y una noches*: un cuento que había sucedido cuando yo aun no tenía uso de razón y que escuché como soñada fantasía en mis años de infancia.

—Vamos a volver— dije a mi amigo.

Y volvimos a cruzar ante ella, para mirarla despacio.

—Vive por aquí cerca— comentó mi acompañante. Suele venir por esta plaza todos los días.

Me costó trabajo creer que fuese ella, porque nada en ella recordaba su aureola legendaria y su belleza excepcional. En mis tertulias comenté el encuentro. Algunas de mis amistades la conocían. Entre otras personas, me hablaron de Anita dos argentinas amigas, madre e hija, Delfina Yofré y Hebe Donay.

Me propuse conocer a la que fuera Maharani. Me acuciaba la enorme curiosidad del fabuloso relato oído en la infancia. Cuando, por fin, me presentaron a ella, notando sin duda mi interés, me dijo:

—¿Es usted periodista?

—No— contesté: soy historiador. Pero tampoco por esto he querido conocerla. La India cae fuera de mi órbita periodística. Mi interés arranca de la fantasía que en mis sueños infantiles despertó su aventura amorosa, auténtico cuento oriental.

—Si, sí, —comentó melancólica—. Aquello fue sólo eso: un cuento oriental.